

Ordo consolationis: la empatía y el arte del consuelo en el Comentario al Libro de Job de Gregorio Magno

Nicolás González

UNIVERSIDAD DE LOS ANDES
nigonzalezv@gmail.com

Resumen: El pensamiento y la doctrina de Gregorio Magno destaca particularmente en el ámbito de la teología pastoral. Más que el desarrollo de una teología especulativa y sistemática, su primera preocupación fue siempre el cuidado de las almas, al que definió como el 'arte de las artes'. Gregorio capta con especial clarividencia que cada persona es única y tiene su propio camino. Ahora bien, un caso que requiere especial atención y cuidado por parte del pastor es el de quien sufre. En efecto, para ser capaz de dar consuelo al afligido hay que lograr compartir su dolor y hacerlo propio, cosa que Gregorio Magno trata con bastante detención en *Moralia in Iob*. En este artículo, intentaremos acercarnos a los fenómenos de la empatía y el consuelo para determinar su naturaleza, características y condiciones.

Palabras clave: Dolor, Misericordia, Identificación, Empatía, Consuelo, Gregorio Magno, *Moralia in Iob*.

Abstract: Gregory the Great's thought and doctrine are particularly relevant in the ambit of pastoral theology. His concern lied principally in the realm of the safeguarding of the souls, which he considered the 'skill among skills'. With penetrating insight, Gregory claimed the uniqueness of every person and the particular path of everyone of us. However, according to a pastoral outlook, the one who suffers requires particular attention and care. Indeed, to bring effective consolation to the suffering subject, one has to share his pain and make it one's own, a feature to which Gregory devoted considerable attention in his *Moralia in Iob*. In this article, the main objective is to address the phenomenons of empathy and consolation and, thus, determine its nature, characteristics and conditions.

Keywords: Pain, Mercy, Identification, Empathy, Consolation, Gregory the Great, *Moralia in Iob*.

La obra de Gregorio Magno tiene un carácter principalmente práctico y pastoral. Toda su doctrina se dirige, en primer lugar, a orientar la vida cristiana, aplicando a dicha tarea toda su experiencia y discernimiento. Más que de la teoría y la especulación teológica, nuestro autor se ocupa de cada hombre en su relación personal con Dios, privilegiando el plano moral y ascético.

De esta preocupación nace una peculiar atención por el individuo concreto que acompaña toda la obra de Gregorio y es en su *Regla Pastoral* donde más claramente se manifiesta. Dicha obra está dedicada a los prelados y su parte más extensa pretende, justamente, dar luces en cuanto al modo adecuado de dirigirse a las diversas personas en atención a su personalidad, condición, vicios, virtudes, costumbres, capacidades, aficiones, etc. Precisamente, en el prólogo a esta parte de la obra –y habiendo definido el gobierno o dirección de las almas como el *arte de las artes*¹, destacando no solo su importancia, sino también la instrucción y pericia que requiere– encontramos aquel célebre texto de Gregorio Magno, donde compara las almas a las diversas cuerdas de un arpa que, siendo cada una distinta de la otra, debe ser también tocada de modo distinto². Con esto, nos revela su profunda conciencia de la singularidad de cada individuo y de la necesidad de tratarlo conforme a ella.

Como señala Demacopoulos, ya otros antes habían destacado la necesidad de atender a las circunstancias individuales, como por ejemplo Juan Casiano y Agustín, pero solo Gregorio dedicó un tratado a este asunto, mostrando una atención nunca antes vista frente a tal problema³.

En este contexto, aparece el tema de la empatía con el que padece y el consuelo, materia que Gregorio desarrolla con cierta extensión, aunque de manera poco sistemática y dispersa, en su obra *Moralia in Iob*. En la *Regla Pastoral*, poco dice sobre este tema en concreto, dedicando un apartado muy breve al modo de exhortar a los tristes y otro, también

¹ *Regula Patoralis*, I, 1.

² «Pues, ¿qué son las almas atentas de los oyentes, sino –por así decir– unas cuerdas de arpa, tensadas de distinta manera, que el artista toca de manera diferente, para que no produzcan sonidos disonantes». *Regula Pastoralis*, III, Prólogo.

³ Cfr. G. E. DEMACOPOULOS, *Five Models of Spiritual Direction in the Early Church* (Indiana, 2008), 136-137.

breve, a los que fracasan⁴. Por lo mismo, para profundizar en la perspectiva gregoriana acerca de la empatía y el consuelo, acudiremos a *Moralia*.

Únicamente quien comprende y se compadece del que sufre podrá confortarlo y ayudarlo en su dolor. Gregorio utiliza frecuentemente los términos *condescensio* / *condescendere*, *consolatio* / *consolare*, *concordare*, *compassio* e *inclino*. Incluso llega a hablar del *ordo* o *regula consolationis*, en el sentido del modo de consolar y describe cómo es necesario, primero, lograr la empatía con aquel a quien se desea dar consuelo.

Para consolar efectivamente, hace falta descender y adecuarse a la situación del otro, estableciendo una cierta unión por la que los padecimientos ajenos pasan de algún modo a ser propios. Como señala Gregorio, «solo el que comparte el sufrimiento, puede comprender la mente del que sufre»⁵ y, por lo mismo, consolarlo.

Tal fenómeno se verifica gracias a la misericordia, como virtud que dispone al hombre a percatarse de la miseria ajena, para luego asumirla y hacerla propia. Apoyándose en la etimología del término, Gregorio define esta virtud de la siguiente manera: «Misericordioso se dice el que se mueve por piedad al prójimo. Misericordia está compuesto de mísero y corazón, porque el que ve a otro mísero, compadeciéndose de él y siendo tocado de dolor en su alma, hace mísero su corazón para que libre de la miseria a aquel de quien se compadece»⁶. Y efectivamente, aquí aparecen los dos aspectos que anunciábamos: ver la miseria ajena y hacerla propia para consolar al que sufre.

Ahora bien, aquí surgen muchas preguntas: ¿qué hace falta para percibir la miseria ajena y, luego, hacerla propia?, ¿cómo se verifica esta unión del que se compadece respecto del que sufre?, ¿cuándo y bajo qué supuestos se da una real empatía?, ¿de qué modo esta unión consuela y alivia al que sufre?

Un primer requisito, indispensable para poder percibir y comprender el dolor ajeno, consiste en haber vivido también la experiencia del sufrimiento. Resulta muy difícil acceder a una determinada situación existencial de dolor si previamente no se ha padecido algo análogo, pues no contaríamos con una vivencia personal que nos permita hacernos una

⁴ *Regula Pastoralis*, III, 3 y III, 26.

⁵ *Moralia in Iob*, Prefacio, III, 7.

⁶ *Moralia in Iob*, XX, XXXII, 63.

idea mínimamente adecuada de lo que significa para el otro su dolor. De hecho, la experiencia común muestra que quienes han padecido situaciones semejantes a las de quienes sufren un determinado padecimiento muestran una sensibilidad y comprensión peculiares, mientras que quienes no han tenido experiencias similares tienden a pasar por alto y minimizar el dolor ajeno.

Ya en la carta introductoria a su *Comentario al libro de Job*, Gregorio afirma cómo su propia experiencia del dolor fue crucial para comprender mejor el sufrimiento de Job y, en definitiva, de todo el que padece: «Quizás fue un designio de la divina Providencia el que yo, abatido por el dolor, comentara la historia del también abatido Job, y comprendiera mejor, por mi padecimiento, la mente de uno que padece»⁷. Para nuestro autor, la relación causal es clarísima. En virtud del propio dolor se logra comprender mejor el ajeno⁸.

Concretamente, Gregorio habla de quienes están capacitados para utilizar adecuadamente el lenguaje de los que consuelan, porque «han tenido como maestro al dolor»⁹. De hecho, en sentido inverso, según Gregorio, el motivo por el que sus amigos no fueron capaces de comprender ni consolar al desventurado Job fue precisamente por no haber experimentado en carne propia el sufrimiento. Así queda de manifiesto cuando sostiene que la razón de la contestación que Job les da es: «para que sus amigos, los cuales no sabían compadecerse por compasión de su dolor, aprendiesen de qué manera se habían de doler de la aflicción aje-

⁷ *Epístola a Leandro*, V.

⁸ No está de más advertir que Gregorio no solo aborda teóricamente el problema de la empatía y el consuelo, sino que lo vive. Ciertamente, tanto por su peculiar sensibilidad como por su unión con Dios y su personal experiencia del dolor, nuestro autor tiene una particular capacidad de empatía. Como advierte Henne en relación al epistolario de Gregorio: «Su encanto particular procede, sobre todo, del hecho de que su autor no regula solo problemas técnicos, sino que siempre permanece sensible a la debilidad humana que subyace a cada *dossier*. Gregorio es un verdadero romano que afronta los problemas concretos y está atento al hombre en su situación real. También es un hombre de Dios que se identifica con la angustia que oprime a su interlocutor, a su incapacidad de vivir y asumir su misión en la tierra. Esto es lo que algunos han denominado la permanente capacidad de empatía presente en Gregorio». P. HENNE, *Gregorio Magno* (Madrid 2001) 77. Más aún, el mismo Henne, refiriendo un par de situaciones que relata el gran Papa en dos de sus cartas, llega a hablar de la «empatía devoradora» de Gregorio. P. HENNE, *Gregorio Magno*, 80.

⁹ *Moralia in Iob*, V, XI, 23.

na; y, domados por los dolores, conociesen en su pasión cómo habían de dar consuelo a los otros»¹⁰. El dolor sería el maestro que enseña a consolar, pues permite comprender la situación del otro y ponerse en su lugar.

Abundando en este sentido, Gregorio acude a la imagen de los *médicos enfermos* que curan a la par de estar también enfermos y precisamente por ello: «como los grandes médicos que sufren ellos mismos la enfermedad, aguantan las llagas de sus dolencias al tiempo que administran a otros las medicinas saludables»¹¹. El hecho de estar enfermo, en el sentido de experimentar personalmente el dolor, se hace indispensable para aliviar y consolar a los otros.

Ahora bien, una vez que se está capacitado para percibir y comprender el sufrimiento ajeno, ¿cómo se concreta este acercamiento, en virtud del cual se hace propia la miseria ajena y nos sentimos una cosa con el otro y sus padecimientos? Naturalmente, lo que aquí se verifica consiste en una unión afectiva, posibilitada por la semejanza real de naturaleza, por la cual nos vemos en el otro. Como dice nuestro autor: «La imagen del hombre es otro hombre. Rectamente se llama a nuestro prójimo imagen nuestra, porque en él vemos lo que nosotros mismos somos. Para visitar al prójimo corporalmente dirigimos hacia él nuestros pasos; para hacerlo espiritualmente, no vamos con los pasos sino con el afecto»¹². Cuando nos acercamos a los demás con el afecto, nos vemos a nosotros mismos en ellos, dándose esta unión de la que hablamos¹³.

Vernos en el otro, gracias a la perspectiva otorgada por el amor o afecto y por la semejanza de naturaleza, nos capacita para comprender adecuadamente su padecimiento, pues se nos aparece como propio. En palabras de Gregorio: «Por tanto, visita su imagen todo el que tiende con los pasos del amor a aquel que ve semejante a sí por naturaleza; considerando en el otro sus propias cosas, deduce de sí mismo cómo debe condescender a la debilidad del otro. Visita su imagen quien se piensa en el otro para restaurar al otro en sí»¹⁴. Ciertamente, la condescendencia y

¹⁰ *Moralia in Iob*, XIII, V, 5.

¹¹ *Moralia in Iob*, III, XXI, 40.

¹² *Moralia in Iob*, VI, XXXV, 54.

¹³ Markus considera la *condescensio* de que habla Gregorio como: «a kind of imaginative sympathy» unida a una «intelectual compassion». R. A. MARKUS, *Gregory the Great and his World* (New York 1997) 29.

¹⁴ *Moralia in Iob*, VI, XXXV, 54.

el consuelo que podemos entregar al otro surgen de modo mucho más espontáneo e intenso si sentimos su miseria como propia. Nadie puede pasar por alto ni mostrarse ajeno con uno mismo, menos en el dolor.

Además de la semejanza y afecto naturales, el seguimiento de Cristo y la ascensión de las máximas evangélicas, proporcionan nuevas perspectivas a la capacidad de hacer propia la miseria ajena. La misericordia no es una actitud opcional, sino que constituye un deber para el cristiano. Cuando así se la considera, crece nuestra disposición hacia el prójimo y encontramos mayores motivos para contemplar y tratar al otro como a uno mismo¹⁵.

Como señala Gregorio, hablando de los justos, «suben allí al tribunal del alma, y se ponen delante de sus ojos a sí mismos y al prójimo, y traen en medio la regla del testamento que dice: “Las cosas que queréis que os hagan los hombres, esas mismas haced vosotros a ellos (Mt 7, 12)”. Traspasan a sí mismos la persona del prójimo y consideran solícitamente qué es lo que querrían, si fuesen así como ellos, que les fuese hecho o no les fuese hecho justamente; y así con severo derecho y juicio examinan en el fuero de su corazón la causa suya y de su prójimo según las tablas de la Ley divina»¹⁶.

De esta forma, quien pretende vivir el amor cristiano, mira a los demás como a sí mismo y procura hacer con ellos lo que desearía que hicieran con él, no solo en virtud de los motivos y razones *naturales* que hay para ello, sino también de los *sobrenaturales*. Por lo mismo, debería aumentar su capacidad para comprender y consolar al otro¹⁷.

Hablando del celo apostólico de Pablo con ocasión del texto: «Me hice todo para todos para salvarlos a todos» (1 Cor 9, 23) dice: «Por

¹⁵ Como afirma Straw: «To be like Christ, the Christian must be drawn beyond the boundaries of himself. Charity demands that one give of one's self in sympathy with others. This gift of self becomes the foundation of all goodness, just as Christ's sacrificial gift is the surest sign of his goodness and oneness with the Father». C. STRAW, *Gregory the Great. Perfection in Imperfection* (London, 1988) 91-92.

¹⁶ *Moralia in Iob*, XIX, XXII, 35.

¹⁷ Acerca del significado de *condescensio* en relación con la caridad, Cattry sostiene: «Grégoire utilise souvent le mot 'condescensio' pour décrire ce mouvement de la charité qui met le coeur au niveau de celui du prochain souffrant; celui qui jouit de la station droite doit s'incliner vers celui qui est allongé s'il veut le relever; on ne peut le consoler si on ne s'accorde pas à sa douleur». P. CATRY, *Parole de Dieu, Amour et Esprit-Saint chez saint Grégoire le Grand* (1984) 151.

condescendencia se acercó a los infieles sin caer en sus pecados; así, aceptando a cada uno de ellos y transformándose en cada uno, aprendió por la compasión a comportarse con los demás como él hubiera querido que se comportaran con él y más sinceramente recurrió a cada uno de los errantes habiendo aprendido a partir de la propia consideración el modo de salvarlos¹⁸. El deseo de Pablo de salvar a todos ensancha su corazón, volviéndose más comprensivo y capaz de verse a él mismo en los demás, para así comportarse con ellos tal como desearía que se hubieran comportado con él. Y esto no resulta difícil precisamente «porque las tribulaciones de los débiles pasan por compasión a los corazones de los fuertes»¹⁹. Comportarse con lo ajeno como si fuera propio no constituye problema cuando lo ajeno es visto y sentido como propio.

Finalmente, el conocimiento propio resulta también fundamental en orden a dar consuelo a los otros. En estricto sentido, no hace falta –aunque naturalmente facilita mucho las cosas– haber pasado por sufrimientos similares a los de quien se intenta consolar para ayudarlo efectivamente. Basta con que, reconociendo nuestra fragilidad, percibamos con claridad que la situación por la que el otro está pasando podría ser la nuestra.

Como señala Gregorio: «Para nosotros que somos hombres enfermos, cuando hablamos de Dios a los hombres, debemos primero acordarnos de lo que somos, para que por nuestra propia enfermedad consideremos con qué orden de enseñar aconsejaremos a los hermanos enfermos. Así que consideremos que o somos tales cuales algunos de los que corregimos o que lo fuimos en algún tiempo, aunque ya mediante la divina gracia no lo somos, para que tanto más templadamente corrijamos con humilde corazón cuanto más verdaderamente nos conocemos en los que enmendamos»²⁰. Aunque aquí se está hablando de la predicación y la reprehensión, lo señalado se aplica perfectamente a la identificación necesaria para dar consuelo. Efectivamente, si uno se conoce realmente y tiene presente la personal fragilidad, capta claramente que la situación ajena podría ser perfectamente la propia o incluso ya la ha sido con anterioridad, cosa indispensable sobre todo cuando el padecimiento puede atribuirse a las propias decisiones y acciones.

¹⁸ *Moralia in Iob*, VI, XXXV, 54.

¹⁹ *Moralia in Iob*, XIX, XI, 18.

²⁰ *Moralia in Iob*, XXIII, XIII, 25.

En efecto, algo que muchas veces obstaculiza la mirada comprensiva y misericordiosa y la entrega de consuelo radica en la consideración de que el mismo sujeto ha sido el responsable de su sufrimiento y, por tanto, estaría padeciendo por su propia culpa. Y aunque esto pudiera ser de algún modo cierto en ocasiones, la misericordia y el consuelo siguen siendo un deber que a nadie puede ser negado, precisamente a la vista de lo que acabamos de señalar.

Una vez lograda esa identificación con el otro, producto de esa mirada misericordiosa por la cual nos vemos a nosotros mismos en él, tiene lugar el consuelo. Ahora bien, ¿en qué consiste y cómo se produce? Sin intentar una definición en sentido estricto, Gregorio describe el consuelo de la siguiente forma: «Consolar al que trabaja significa permanecer junto a él en su fatiga, pues alivia el cansancio ver que otro colabora, como cuando en el camino se añade un compañero: el camino no desaparece, pero el cansancio del mismo se suaviza yendo acompañado»²¹.

Al tenor de este texto, el consuelo aparece como un alivio que resulta de la compañía y el apoyo de otro. Gracias a la compasión e identificación que se experimenta hacia el que sufre, este último encuentra un compañero en su padecimiento, cosa que, aunque no suprime el dolor, sí lo aligera, permitiendo sobrellevarlo. En este sentido la imagen del caminante y el camino es bien elocuente. Objetivamente, la compañía no disminuye la dificultad ni la distancia del camino, pero subjetivamente alivia de manera considerable el cansancio y otorga nuevas energías. Al verse comprendido y apoyado, el sujeto siente que su dolor disminuye, pues lo comparte con otro.

Ahora bien, para Gregorio el consuelo no consiste únicamente en el alivio que supone la compañía. El consuelo logra sacar realmente al hombre de su padecimiento, al menos en alguna medida. Profundizando en el fenómeno de la empatía y explicitando sus posibilidades en orden al consuelo, nuestro autor afirma:

«El orden de la consolación es que, cuando queremos apartar de la tristeza a algún afligido, procuremos primero, entristeciéndonos, conformarnos con su dolor. El afligido no puede ser consolado del que no es conforme a su tristeza porque, cuanto más el consolador discrepa del dolor del afligido, tanto menos es recibido su consuelo

²¹ *Moralia in Iob*, V, V, 7.

por estar apartado del alma entristecida. Primero debe el alma ser inclinada a que su aflicción sea acorde al afligido y, siéndolo, se allegue a él, y, allegándose, le traiga a sí. Porque el hierro no se junta con otro hierro, si el uno y el otro no son primero en el fuego ablandados; y lo que está duro no se junta a lo blando, si primero su dureza, siendo templada, no se ablanda para convertirse casi en aquello mismo a lo que se quiere unir. Así no podemos levantar a los caídos, si del rigor de nuestro estado no somos inclinados; porque, cuando el que está levantado discrepa del que está caído, no puede de ninguna manera consolar a aquel de quien menosprecia compadecerse»²².

Como puede apreciarse, la sintonía que se busca con el afligido no se pretende por sí misma y como fin. La verdadera misericordia busca librar al otro de su miseria y no solo identificarse con ella sin más. El ponerse en el lugar del que sufre y hacerse uno con él es el medio indispensable para consolarlo y levantarlo de su postración, porque como sostiene Gregorio «no levanta al caído sino el que por compasión se inclina del estado de firmeza, bajándose a levantarlo»²³. Nos inclinamos para levantar al otro, no para permanecer postrados con él.

Aquí radica el sentido de la empatía o capacidad para ponerse en el lugar del otro. Ciertamente, la identificación constituye un momento crucial y puede ya considerarse como un acto de profunda bondad. Sin ir más lejos, Gregorio sitúa en esta capacidad la cumbre de la perfección: «Tanto es perfecto cualquiera cuanto más perfectamente siente los dolores ajenos»²⁴. Pero no es menos cierto que se sobreentiende que mientras más se sienten como propios los dolores ajenos, más se trabaja por librar de ellos a quien sufre. De hecho, la definición de misericordia citada al principio, incluye estos dos aspectos: hacer mísero el propio corazón, sintiendo los dolores ajenos, para librar al otro de su miseria²⁵.

Con todo, Gregorio es consciente de que la empatía con el dolor ajeno debe tener un límite, precisamente en orden a consolar y ayudar al prójimo: «Debe saberse además que quien desee consolar a un afligido ha de poner un límite al dolor que asume, no sea que sufriendo sin

²² *Moralia in Iob*, III, XII, 20-21. Con ocasión de la empatía para el caso de la predicación, Gregorio vuelve a utilizar el mismo ejemplo del hierro que necesita ablandarse para unirse a otro hierro en las *Homilias sobre Ezequiel* I, XI, 2.

²³ *Moralia in Iob*, VII, XIV, 17.

²⁴ *Moralia in Iob*, XIX, XI, 18.

²⁵ *Moralia in Iob*, XX, XXXII, 63.

moderación no solo no calme al que sufre sino que empuje el ánimo del afligido al límite de la desesperación. Nuestro dolor debe unirse al dolor del abatido de tal manera que encuentre alivio en nuestra medida y no lo agrave nuestro exceso»²⁶. Se trata de asumir el dolor del afligido, pero no para caer en su mismo estado ni agravarlo, sino para sacarlo de él. Naturalmente, eso implica establecer un límite en el dolor que se asume, abajándonos a su condición para levantarlo, sin quedar postrados también.

En definitiva, se trata de adoptar la mirada de una madre, quien no experimenta ninguna dificultad en identificarse con sus hijos, sintiendo como propias sus miserias y haciendo todo lo que está de su parte para librarlos de ellas. Como dice San Gregorio: «ciertamente, son verdaderos doctores aquellos que, aunque por la fuerza de la disciplina son padres, saben por las entrañas de piedad ser madres»²⁷.

Como cabe apreciar, Gregorio manifiesta una profunda comprensión del fenómeno de la empatía, tanto en su naturaleza y supuestos como en sus requisitos y circunstancias. Nuevamente –y como es natural en nuestro autor– prima el enfoque práctico que, más que dilucidar conceptos y proponer teorías, busca su aplicación concreta a la vida cristiana. En efecto, la empatía adquiere significación a los ojos de Gregorio por su conexión con la misericordia y como condición indispensable para el consuelo. Ahora bien, esto no constituye ningún obstáculo, sino incluso todo lo contrario, para que nuestro autor presente un tratamiento relativamente acabado y consistente de un tema tan actual y sugerente como el de la empatía y el consuelo.

²⁶ *Moralia in Iob*, III, XII, 21.

²⁷ *Moralia in Iob*, XXX, X, 43.